

muera en queridos y cercanos ambientes, normalmente. Y no tengamos que acudir tantas veces a las respiraciones artificiales. Y seamos nada más, nada menos, justamente personas.

Porque ocurre que el mundo está lleno de gente solitaria; amontonada y solitaria. Millones y millones de soledades juntas, tratando a duras penas de abrirse paso hacia la primera o la última necesidad, hacia el primero o el último capricho. Y los grandes ausentes son: la serenidad, la compañía, el diálogo cercano, las palabras afables también sobre lo intrascendente, la contemplación, el silencio, el conocimiento sencillo y natural de unos por otros, y, aquí sí, el ruido familiar de unos niños que juegan.

Ha ocurrido que el mundo se enciende de aglomeraciones, de restaurantes saturados, de carreteras en congestión, de filas larguísimas esperando algo. Perdido en multitudes ¿Dónde el clima para la paz interior? ¿Dónde la llanura para el amor en sosiego, el valle para el ocio creador, si todo es trepidante, frenético? ¿Dónde el tiempo y el lugar precisos para saborear algo merecedor de permanencia?

Como si viviéramos para un fin de semana. Como si aguardáramos en cada momento la nueva sorpresa angustiada en cualquier rincón de una selva. Como si el único espectáculo fuera un correr de jinetes enfurecidos. Y, así, la prisa, la ansiedad; la impaciencia, el sueño no conseguido, la queja por cualquier cosa, la exigencia más infantil, parecen ser nuestro alimento de todos los días.

El progreso es gracia y es jornal. El progreso es bueno e inevitable. Como son buenos los caminos hacia la igualdad proporcionada, hacia la proporcionalidad; y la convicción de que nadie ya debe ser un pez pintado, y la ciencia nueva y el derecho de todos a todo; y la última técnica, también cosa de Dios. Pero es difícil ordenar los frutos del progreso,

Contemplad las pequeñas, minúsculas, comunidades aisladas. El aire es más puro y el silencio del tiempo va contando lentamente las horas. Los gestos no son turbios ni desconocidos. Pero faltan mil cosas. Falta —exagerando— una universidad a la que se pueda acudir con cruzar la calle.

Ni será solución todo cuanto consista en amontonar gente, en edificar casas una sobre otra hasta quien sabe el número, en crear multitudes que han de segregar después miseria y mal humor, en fundar comunidades complejas en las que cada persona ha de resultar un problema para todas las otras. ¿Quién es capaz de hallar cier-